

Reseña de Wade Davis, *Magdalena. Historias de Colombia*. Bogotá D. C.: Planeta Colombiana S. A., 2021

Wilson Ladino Orjuela  

Luego de cinco años de investigación, entrevistas, consulta de documentos y recorridos por decenas de lugares, el profesor de antropología Wade Davis publicó este libro, el cual está desarrollado en tres grandes apartados: Alto, Medio y Bajo Magdalena.

El texto logra una creativa síntesis entre “diario de viaje” a lo largo del río Grande de la Magdalena, desde su nacimiento en la laguna de la Magdalena, junto a la Piedra del Letrero, hasta su desembocadura en Bocas de Ceniza, Barranquilla, con la presentación de apartes de los diarios de viaje de los conquistadores españoles, su visita a la tierra de los koguis y entrevistas a personajes significativos por su relación con complejos y dramáticos asuntos, como las historias de vida de Jenny Castañeda, Diana Ocampo, Francisco Luis “Pacho” Mesa, Hugo “el Animero”, J. M. Echavarría, los residentes en las casuchas de Bocas de Ceniza o los artistas y “guardadores de memoria”. También hay descripciones de los diferentes pueblos y escenarios que se incluyeron en su periplo. Wade no olvida contarnos, por voz de Xandra, que el nombre de río Grande de la Magdalena le fue dado por Rodrigo de Bastidas en 1501, cuando navegó su desembocadura.

El relato inicia con una visita al espolón enrocado que canaliza el río en su desembocadura al mar Atlántico luego de su tránsito de 1.528 kilómetros desde su nacimiento en la laguna de la Magdalena, en el departamento del Cauca, lo que le permite conocer algunos habitantes que por esos días se encontraban aún allí. Las entrevistas que realiza a los empobrecidos pescadores que habitaban en casas de madera y latones y que estaban próximos a salir, experimentando el viento constante por su cercanía con el mar Atlántico, nos empieza a dar una idea de la paciente historia que se va construyendo en las siguientes 471 páginas del libro.

Las casualidades de la vida le permitieron vincularse, cuando apenas tenía el proyecto de su interesante recorrido, a la visita y consagración que el entonces presidente Santos realizó con los *mamos* de la Sierra Nevada de Santa Marta para iniciar su segundo mandato en 2014. Las conversaciones con algunos voceros de la comunidad kogui, entre quienes se puede destacar a Jaison, le permitieron

¹ Profesor titular, Escuela Superior de Administración Pública (ESAP). Doctor en Gobierno y Administración Pública, máster en Sociología y sociólogo. Integrante del grupo Estado y Poder de la ESAP. Autor de libros y artículos académicos.

conocer sobre la relación estrecha que tienen los miembros de esta comunidad con el río y su significación como “fuente de vida”. La sabiduría, reflexiones y filosofía de esta comunidad lo acompañarán el resto de su camino.

La primera etapa del viaje, entre la laguna de la Magdalena y Neiva, en el Huila, será de la mano de William Vargas, conocedor de la región y especialista botánico de la Universidad del Cauca. Esta es una oportunidad para recordar a Francisco José de Caldas, sus importantes estudios astronómicos y sus aportes al método para medir la altura a partir de la ebullición del agua (que ya se había desarrollado en Europa por esos años), así como el significado de la obra de Caldas para el botánico Vargas desde su temprana adolescencia.

Otra importante conexión que hace Davis en esta etapa de su recorrido es con el arbusto y la hoja de coca, y cita los elogios a la planta manifestados por el cura jesuita Antonio Julián en su obra *La Perla de América*, publicada en 1787. Ya en aquellos años los españoles realizaban esfuerzos por evitar la expansión del cultivo. El autor señala que “quizás es momento de que Colombia recupere un legado perdido y celebre la coca por lo que verdaderamente es, aquello que los Inca veían en ella: ‘la hoja divina de la inmortalidad’”.

El camino por el Puracé le ayuda al autor a recordar la importancia de la mula en la economía colombiana del siglo XIX y la primera parte del siglo XX en muchos pueblos de la compleja geografía nacional: “En Colombia todo se movilizaba a lomo de mula. Estos animales eran conducidos por jóvenes que habían aprendido el oficio de sus padres, transitando caminos de arriería que se precipitaban desde las alturas andinas para conectar todas las ciudades y pueblos con el río Magdalena”.

Y, por supuesto, estar en el Cauca le permite traer el recuerdo de “Sebastián de Belalcázar, un teniente bajo el mando de Francisco Pizarro”. Belalcázar también buscaba El Dorado, con sus inmensas riquezas de aquel material precioso. En 1536, fundó Cali y Popayán. Por esos mismos años, Quesada, desde el norte, estaba adelantando su conquista y avasallamiento hasta llegar a la sabana, donde fundó, en 1538, Santa Fe de Bogotá. A su vez, Nicolás de Federmán venía desde Venezuela, pasando por lo que ahora es Arauca, Casanare y Meta, buscando El Dorado.

La llegada a San Agustín y San José de Isnos, con sus megalitos, imponentes estatuas en piedra, le da el pretexto para invitar a la lectura de las crónicas de varios de los conquistadores españoles y recordar la visita de don Mariano Eduardo de Rivero, quien, con Johann Jakob von Tschudi, publicó en 1851 las primeras ilustraciones de esta obra colectiva dejada allí por una comunidad de la que no se tiene otra noticia. También se refieren los aportes de Gerardo Reichel-Dolmatoff y su esposa Alicia Dussán en la comprensión de este hallazgo.

En el “Valle de las Tristezas”, en un parque de Timaná, encontraron la escultura de la Gaitana, quien está representada con la cabeza del español Pedro de Añasco. Luego visitaron La Jagua, el pueblo de William, y evocaron el pasado de los pescadores del río. En camino hacia Garzón y Gigante, pudieron divisar la inmensa represa de Betania construida en 1981, cuan-

do no se exigían estudios de impacto ambiental y social. Esta visita le permite recordar que la Corte Constitucional le concedió derechos al río Atrato en 2016 (Sentencia T-622/16), pero no al Magdalena.

El arribo a Neiva es una oportunidad para hablar sobre José Eustasio Rivera, sobre Humboldt, de nuevo, y visitar el desierto de La Tatacoa, escenario impresionante, con sus pequeños arbustos, vestigios de bosque seco tropical, con centenares de plantas endémicas y en cuyo territorio se toparon con una tumba solitaria de alguien que fue enterrado para que los visitantes “lo trillen”.

En el paso por Girardot y Honda, la vieja estación del ferrocarril es una oportunidad para hablar de cómo la nación descuidó ese medio de transporte y una excusa para recordar Scadta, la primera aerolínea que voló entre Barranquilla y Girardot. Cuando se asoma a la desembocadura del río Bogotá en el río Magdalena, Davis se refiere a los procesos de descontaminación de los ríos Hudson en EE. UU. y Támesis en Inglaterra. Ambos ríos, por decisión de los Gobiernos, fueron descontaminados en pocos años. En Honda se encuentra el Museo del Río Magdalena con sus colecciones, con la intención de “emocionar las almas de los jóvenes, para traerlos de nuevo al Magdalena”, según Germán Ferro, otro de los guías del viaje. En Honda, sobre el río, está el puente Navarro, que “fue el primer puente de acero construido en América del Sur”. El relato reitera la necesidad de “limpiar el río, lo que sería limpiar el alma de la nación”.

La visita a Murillo, “uno de esos pequeños pueblos pintorescos en medio de las montañas colombianas, en los que uno siente ganas de levantarse de la cama en la mitad de la noche, sólo para ver cómo se desvanece la luz del alumbrado público”, da pie para comenzar a adentrarse en la tragedia colombiana que se intensificó a mediados del siglo XX y que se fue incrementando después de los setenta.

En esta parte de la gran cuenca se encuentra Mariquita, población en la que nació y vivió José Celestino Mutis, quien dirigió la Expedición Botánica que no ha terminado aún.

En la segunda parte del libro, “Magdalena Medio”, Davis adentra el relato en los pueblos que reconocemos hoy, Honda, La Dorada, Puerto Salgar, Puerto Triunfo, Puerto Boyacá, Puerto Nare, Puerto Berrío, Barrancabermeja, Puerto Wilches, San Pablo, Simití, Morales, Gamarra, La Gloria y El Banco, y comienza diciendo: “Un amigo colombiano describió alguna vez el Medio Magdalena, esa franja larga de río que se extiende entre Honda y el Banco, como el patio trasero del país”.

Un patio trasero que tuvo que vivir las afugias de la violencia que se ensañó con sus pobladores desde los ochenta, con la consolidación de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). Recuerda Davis que en este tramo del río de la Magdalena se produjeron acciones de la guerra de independencia; allí están aún algunos de los pueblos visitados por Bolívar (ocho veces estuvo en Mompo) en sus periplos, hasta su muerte en 1828 en la Quinta de San Pedro Alejandrino, en Santa Marta. Igual con el desarrollo de la navegación a vapor entre Barranquilla y Honda, que dio comienzo a la inmensa deforestación de la cuenca que está integrada al río.

Se describen historias como la de Juan Guillermo Garcés, en el cañón oculto del río Claro, tributario del Magdalena. En esta sección del gran río, Davis comparte con Xandra Uribe, “alta, delgada, de una belleza que sorprende, sus ojos brillan cada vez que aparece una nueva idea, una nueva posibilidad, cualquier cosa curiosa o inspiradora”. Esta relación lo lleva a Medellín y nos hace recuperar la historia del narcotráfico de los noventa y la presencia del capo Pablo Escobar. El infaltable paseo en el metro, la visita al parque Arví, en Peñas Blancas, el recorrido por el Jardín Botánico, la extensa entrevista con Juan Gonzalo Betancourt, periodista dedicado a la historia de la violencia en el Magdalena Medio, las acciones de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y el Ejército Nacional de Liberación (ELN), así como la llegada de Álvaro Uribe y la ejecución del Plan Colombia en el primer decenio del siglo XXI, también forman parte de este tramo de la narración.

El drama de dos mujeres que lo acompañan en esta sección del río y del relato, Jenny Castañeda, residente en Puerto Triunfo, hija de Damaris Mejía, asesinada por las AUC, y Diana Ocampo, residente en La Dorada, quien también vivió los horrores de la violencia de los 2000, nos hacen reflexionar sobre los millones de víctimas de la violencia en Colombia.

En el apartado titulado “Los muertos anónimos”, el autor nos aproxima a la vida de Francisco Luis “Pacho” Mesa, enterrador dedicado a recuperar cadáveres o partes de cuerpos que bajaban por el río y darles un nombre para que dejaran de ser “nadie”. Ligada a esta historia se encuentra la de Hugo “el Animero”, quien se dedica todos los años, entre noviembre y diciembre, a procesiones y rezos por las almas de los muertos de la violencia. Aparece allí Juan Manuel Echevarría, artista paísa, quien ha construido una aproximación a las historias y los rostros de los NN.

El paso por Barrancabermeja (barrancas bermejas) y Sabana de Torres obliga al autor a recordar la trayectoria de la producción petrolera en Colombia desde 1904, que inició en los lugares en los que afloraba el petróleo en esta zona del país.

En la tercera sección, denominada “Bajo Magdalena”, que conlleva la visita a pueblos desde Arenal, La Gloria, Tamalameque, Barranca de Loba, Hatillo de Loba, El Banco, Chimichagua, Botón de Leyva, Mompo, Magangué, Tenerife y Calamar para terminar en Barranquilla, el relato rememora aspectos históricos, pero también referidos a la rica cultura musical, de danzas, de poetas escondidos en algunos pueblos casi olvidados, que han ayudado a la construcción de la nación colombiana contemporánea.

La historia de los zenúes, de los esclavos africanos traídos durante siglo y medio por los españoles para encubrir el genocidio de los aborígenes y la construcción de la cumbia (patrimonio cultural de la humanidad) en medio de estos escenarios, se desarrolla en esas páginas. Contar con la guía de Martín España, joven etnomusicólogo, le permitirá visitar a los maestros Villafañe, con su tambora, Gumercindo Palencia y Samuel Mármol; a Veruschka Barros, hija del legendario José Barros, y recordar las producciones de Carlos Vives y Lucho Bermúdez, entre otros, así como saber de Héctor Rapalino, dedicado a promover la música y la danza a través de su fundación en Chimichagua.

Pequeños pueblos van dando grandes y especiales sorpresas al viajero relator de este documento. Sus salidas a La Gloria y Arenal le permiten oír e intercambiar semblanzas con Aurelio “Yeyo” Fernández, maestro de la caña de millo, residente en Botón de Leiva. El Canal de Dique, recuperar los nombres de Adolfo Held y August Tichen y la importación de Holstein en 1927, y volvernos a los recuerdos de Humboldt y Bolívar, con el relato de Gabriel García Márquez *El general en su laberinto*, permiten cerrar esta sección.

El arribo a la Ciénaga Grande del Magdalena, al final del recorrido, es una excusa para que nos pasee por los caños Torno, Clarinuevo, Aguas Negras y Renegado. Su tránsito por Nueva Venecia, un pueblo que vivió la tragedia de la violencia y apenas se empieza a recuperar, nos permite saber que estamos en una nación que quiere hablar de “la Paz Total”.

Davis construye en estas 471 páginas un magnífico relato para extranjeros, pero sobre todo para los propios colombianos, de las anteriores y nuevas generaciones. Aspectos olvidados por el trajín de la vida actual y el afán de los acontecimientos mundiales quedan consignados en el documento. Sugerencias de política pública también se pueden encontrar, si los hacedores de decisiones gubernamentales se aproximan a las páginas de esta obra. Un libro obligado en las bibliotecas de las instituciones educativas del país.